

## LA PUERTA DE LA FE Y EL ACCESO A LA SALVACIÓN

Jordi LATORRE CASTILLO

Benedicto XVI ha querido comenzar la carta apostólica con la que se convoca un año de la fe con el sugerente nombre *Porta fidei*, puerta de la fe.<sup>1</sup> Esta expresión está tomada de Hch 14,27, donde aparece por única vez en toda la Sagrada Escritura.

Esta expresión (*thyra pisteôs*, en el original griego) la encontramos al final del primer viaje misionero de Bernabé y de Pablo, con sus acompañantes, por la región centro-sur de la actual Turquía, y justo antes de narrar la asamblea de Jerusalén, donde se decidieron las condiciones de acceso de los paganos a la fe cristiana.

El fragmento 14,21-28 contiene elementos conclusivos a toda la sección formada por los capítulos 13-14, denominada comúnmente como el primer viaje apostólico de Pablo. Después de la consolidación de la comunidad de Antioquía de Siria, realizada por Bernabé con la colaboración de Pablo, esa misma comunidad alcanza la madurez suficiente como para ser ella misma misionera y fundadora de otras comunidades. Y así el texto bíblico nos narra el envío misionero de los dos apóstoles (cf. 13,1-3). La isla de Chipre y las ciudades continentales de Perge, Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe, ciudades capitales de las regiones

---

1 Cf. *Año de la fe* (Cuadernos Phase 206), Barcelona: CPL 2012, 5-21. En dicho cuaderno se encuentran también las indicaciones pastorales de la Congregación para la Doctrina de la Fe en vistas a la aplicación en los distintos ámbitos pastorales de oportunas iniciativas para impulsar y profundizar la fe cristiana.

de Panfilia y Pisidia verán nacer en ellas núcleos cristianos que se asentarán como futuras iglesias.

La pareja apostólica regresa a Antioquía de Siria rehaciendo el camino y volviendo a visitar las comunidades fundadas poco antes.

Después de anunciar el evangelio en Derbe y hacer bastantes discípulos, volvieron a Listra, Iconio y Antioquía... Después atravesaron Pisidia, llegaron a Panfilia y, después de predicar la palabra en Perge, bajaron a Atalía. De allí regresaron por mar a Antioquía de Siria... (14,21.24-26a).

El autor resume en pocos versículos el regreso de Bernabé y de Pablo; ello le permite construir un sumario de la tarea apostólica de consolidación eclesial: confortando a los nuevos discípulos, exhortándoles a permanecer fieles, designando responsables en cada iglesia, rindiendo cuentas a la comunidad de origen.

La tarea de confortar los ánimos conlleva la idea de robustecer y madurar las convicciones de los nuevos discípulos de esas comunidades. Pablo, exhorta a sostener y no escandalizar a los débiles (cf. por ejemplo, Rom 14,1-4). Con esa expresión (literalmente en griego *asthênês*) entiende a los nuevos cristianos aún no suficientemente maduros en su fe y en su vida.

La exhortación a permanecer fieles descansa sobre el realismo de la conciencia de la oposición y el obstáculo que encuentra la predicación cristiana:

Les decían: «Tenemos que pasar muchas tribulaciones para poder entrar en el reino de Dios» (14,22b).

La frase, puesta en boca de los apóstoles nos recuerda las exhortaciones de Jesús a sus discípulos: la semilla que cae en terreno pedregoso queda sin raíz suficiente y, al llegar, la tribulación y la persecución, sucumbe (cf. Mt 13,21 par.); por otra parte la puerta que da acceso a la vida es angosta, mientras que la que lleva a la perdición es ancha (cf. Mt 7,13-14 par.). La angostura y la tribulación forman parte de la vida cristiana y constituyen el acceso necesario a la salvación. Pablo lo experimentará a lo largo de su predicación y, desde su experiencia, así lo advierte a las nuevas generaciones cristianas.

La designación de responsables propios (literalmente en griego *presbyteroi*) señala ya un grado de madurez y autonomía en las nuevas comunidades con respecto del grupo apostólico fundador. De hecho, más adelante, se entenderá el ministerio apostólico como un elemento estructurante de la iglesia local y de comunión con las otras iglesias. La institución de responsables se realiza con el rito de la oración y el ayuno y la encomienda de los candidatos al Señor. La mención de la oración y el ayuno recuerda el envío misionero de Bernabé y Pablo, también con oración y ayuno, seguido de la imposición de las manos (cf. 13,3).

Finalmente, de forma breve y sumaria, se menciona la rendición de cuentas a la comunidad de Antioquía de Siria que los había enviado a misionar. Esta rendición de cuentas nos recuerda a la de Pedro a la comunidad de Jerusalén, después de su viaje por la costa Palestina, desde Jafa a Cesarea, donde bautizará al centurión romano Cornelio y a toda su familia (cf. 9,32–11,18, especialmente 11,1-4). Mientras que Cornelio y los suyos son prosélitos, es decir, simpatizantes paganos que ya han abrazado, al menos en parte, la religión judía, los bautizados en el primer viaje apostólico de Bernabé y Pablo son, en su mayoría, paganos que han entrado a formar parte de las comunidades cristianas, sin haberse iniciado antes en los fundamentos de la religión bíblica.

En esta rendición de cuentas a la comunidad apostólica de Antioquía, el autor de Hechos señala que los apóstoles contaron «todo lo que Dios había hecho por medio de ellos, y cómo había abierto a los paganos *la puerta de la fe*» (14,27). El protagonista reconocido es Dios quien actúa a través de los apóstoles y quien abre a los paganos la puerta de la fe. En este contexto, por fe hemos de entender el acontecimiento salvador que se realiza en la muerte y resurrección de Jesucristo y que se actualiza en la predicación apostólica y en la consiguiente conversión a Jesucristo e ingreso en la comunidad cristiana por el bautismo. De esta manera la *puerta de la fe* resulta sinónimo de *la puerta de la salvación* divina que se actualiza por la fe del creyente y el sacramento eclesial. La fe en Jesucristo introduce en la comunión con Dios y en la vida de la comunidad eclesial.

El autor de Hechos sobreentiende que hasta ese momento dicha

puerta de la fe había permanecido cerrada, pero que la actuación de Dios por medio de los apóstoles la ha abierto, permitiendo así el acceso a la fe y a lo que ella conlleva, es decir, la salvación que Dios ofrece.

El autor del escrito a los Hebreos, aunque con otras palabras, también contempla la posibilidad de un acceso a la salvación definitiva, más allá del camino ordinario contemplado en la antigua alianza, que pasaba por la pertenencia al pueblo de Israel. Bajo la imagen del santuario el autor contempla la oferta de salvación por parte de Dios. Al santuario de Jerusalén, según la ley de Moisés, solo podían acceder los sacerdotes levitas, y aún bajo condiciones estrictas de pureza ritual. El acceso al interior del santuario estaba vedado al común de israelitas y, con mayor razón, a los paganos. Sin embargo, Cristo con la ofrenda sacrificial de su vida en la cruz ha conseguido acceder, mediante la resurrección, al auténtico santuario del cielo, allí donde Dios habita en persona (cf. Heb 9,24). Y ahora se sienta a la derecha de Dios desde donde auxilia a los que andamos tras sus pasos. Jesús no fue sacerdote levítico, ni ofreció sacrificios de animales, ni practicó las purificaciones mosaicas. Su ofrenda su existencial: ofreció su propia vida por fidelidad a Dios y por amor a los hombres, a los que amó hasta el extremo.

Ya que tenemos en Jesús, el Hijo de Dios, un sumo sacerdote eminente que ha penetrado en los cielos, mantengámonos firmes en la fe que profesamos.... Ya que tenemos libre entrada en el santuario gracias a la sangre de Jesús, que ha inaugurado para nosotros un camino nuevo y vivo a través del velo de su carne... acerquémonos con corazón sincero y con plena confianza... (Heb 4,14; 10,19-20.22a).

Tanto el autor de Hechos de los Apóstoles como el autor del escrito a los cristianos Hebreos expresan, cada uno a su manera, la misma convicción: es la persona de Jesucristo la que ha abierto el acceso universal a la salvación de Dios, gracias a la fe en él y a la incorporación a la Iglesia.

En el Antiguo Testamento aparece expresada con claridad y rigor la prohibición de acceso de los no judíos al santuario y, por consiguiente, a la salvación de Dios; es más, se prohíbe incluso el matrimonio con ellos (cf. por ejemplo, Dt 23,3-5.8-9; Ne 13,23-28; etc.).

Algunas voces minoritarias, recogidas entre los textos proféticos previeron una apertura religiosa hacia los pueblos paganos, al menos en un futuro más o menos lejano (cf. por ejemplo, Is 66,18-24; también Rut y Jonás).

Esta normativa, que acabó imperando entre el pueblo judío en tiempos de Jesús, hizo del pueblo de Israel un pueblo separado del resto de pueblos, y de la religión judía una religión exclusivista frente las demás. La iglesia apostólica, movida por la fuerza pentecostal del Espíritu, tuvo que plantearse la opción de permanecer como grupo dentro del judaísmo de la época, o bien abrirse al anuncio del mensaje cristiano también entre los paganos. Pedro, Bernabé, Pablo, Santiago el hermano del Señor, y otros integrantes de la asamblea de Jerusalén (cf. Hch 15) promovieron la apertura de la evangelización al mundo grecorromano de entonces. Esta opción, no exenta de fuertes tensiones que se prolongaron largamente, acabó haciendo de la Iglesia cristiana una realidad distinta de la Sinagoga judía; y, al mismo tiempo, sirvió de instrumento para que la oferta universal de salvación por parte de Dios alcanzara realmente a todos los pueblos, más allá de las fronteras sociales y religiosas del pueblo judío. De esta forma llegó a cumplimiento en la Iglesia el anuncio universalista de los profetas.

Cuando el autor de Hechos de los Apóstoles pone en boca de Bernabé y de Pablo la expresión *puerta de la fe* afirma que, gracias a la predicación apostólica de los misioneros cristianos, se ha franqueado por fin el acceso a la salvación de Dios prometida en la Sagrada Escritura al pueblo de Israel y ampliada a las naciones paganas, inaugurado en el misterio pascual de Jesucristo.

El mismo papa lo expresa en las palabras iniciales de su carta apostólica:

La puerta de la fe, que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en la Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida. Este empieza con el bautismo... (*Porta fidei* 1).

Con esta Carta apostólica Benedicto XVI quiere proponer al pueblo cristiano un años para confirmar nuestra fe y fortalecer nuestra relación con Cristo, el Señor, a través de la renovación y la profundización de nuestra fe cristiana. Acojamos la invitación del obispo de Roma, sucesor de Pedro, por quien el Señor rogó en la Última Cena: «Simón, Simón... yo he rogado por ti, para que tu fe no decaiga; y tu, una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22,32).

Jordi LATORRE CASTILLO

*Sacerdote salesiano, doctor en teología bíblica (Barcelona).*